

¿Es Irán el desestabilizador central en el llamado Oriente Medio?

Pablo M. Wehbe (Universidad Nacional de Río Cuarto)

El presente ensayo procura reflexionar y hacer reflexionar sobre las consecuencias globales de la política internacional de Estados Unidos, o lo que podría ser la otra cara de la moneda, el costo que tenemos que pagar los que estamos “en el resto del mundo”, por las necesidades de legitimación interna que tiene el actual Presidente George W. Bush.

Nos basaremos en la historia reciente, según la cual el Gobierno de Estados Unidos de América inventó justificaciones banales para la invasión de Irak, prometiéndoles a los iraquíes estabilidad, Democracia, desarrollo y Derechos Humanos, no obstante lo cual lo único mostrable hoy es inestabilidad, virtual anarquía, violaciones cotidianas de los Derechos Humanos –desde el poder y desde la Resistencia-, y casi inexistencia de inversiones que puedan hacer mejorar la golpeada infraestructura del Estado.

Hoy asistimos a un remozado discurso norteamericano que intenta introducir en la agenda internacional la idea de que la República Islámica de Irán es un peligro para la estabilidad y la paz mundiales, y que si no se detiene a dicho Estado en poco tiempo contará con armas de destrucción masivas.

Demasiado simplismo, demasiadas coincidencias. Más aún: tenemos que entender que en dicha región están las reservas petrolíferas y gasíferas que podrían abastecer al planeta en los próximos cincuenta años.

Lo que tenemos la obligación de señalar en esta introducción, es que no son los Estados del llamado Oriente Medio quienes están provocando la inestabilidad en la región sino el intervencionismo occiden-

tal, producto de la falta total de lectura, comprensión y análisis cultural e histórico de cada sociedad en particular.

Preocupa que la falta de diálogo y de la existencia de una agenda amplia, sin límites, que ponga en un pie de igualdad a todos los actores involucrados, pueda nuevamente llevar al mundo a un enfrentamiento que, en vista de los posibles nuevos contendientes, tendría "pronóstico reservado".

Algo de Historia

Aún sabiendo que es una falta de humildad y denota carencia de espíritu crítico, tenemos que citarnos cuando, en el año 2002, decíamos que *"...De todo lo que antecede, encontramos que, como lógica consecuencia, estamos ante las puertas de un nuevo ataque norteamericano, porque precisamente para las previsiones de crecimiento de demanda industrial de los próximos veinte años, necesita garantizar el abastecimiento de petróleo. Y para ello, obvia consecuencia de lo anterior, los Estados que tienen la desgracia de existir sobre el tanpreciado objeto del deseo norteamericano, deben ser dóciles... o saber resistir.*

Estimado Lector: La cuenta regresiva ha sido puesta en marcha. Solamente falta saber día y hora. Pero no dude Ud. que, más temprano que tarde, y al igual que su Sr. padre, don George W. Bush atacará Irak, probablemente de una manera tan brutal que implique –bajo el disfraz de "guerra defensiva"-, hasta la eliminación física de su líder.

¿Dónde quedaron los principios sostenidos en la Carta de las Naciones Unidas, respecto de la Autodeterminación de los Pueblos? ¿Qué pasaría si Líbano, por ejemplo, decidiera que Bush debe dejar de ser el Presidente norteamericano y propusiera su sustitución por un Jeque, por considerar que es el modelo ideal de gobernar al Estado?

En definitiva, vemos como, una vez más, el lenguaje –al decir de Foucault-, es herramienta al servicio de la dominación. Se utilizan pa-

*labras como "democracia", "libertad", "igualdad", "dictador", etc., que en definitiva son el ropaje para encubrir las verdaderas intenciones."*¹

No éramos visionarios, ni adivinos, ni se requería en ese momento ser un gran teórico de las Relaciones Internacionales para entender que lo que se estaba haciendo era crear artificialmente una situación que permitiera alegar la necesidad de acudir en defensa de la Comunidad Internacional bajo el disfraz de la inminente agresión de Irak.

Irak, recordemos, no fue un Estado creado a partir de la voluntad de su propia población, sino que surgió de los acuerdos Sykes-Picot, y por lo tanto de la voluntad de los imperios triunfadores de la Primera Guerra Mundial. No pudo el pueblo de Irak participar ni del establecimiento de sus límites, ni de la discusión sobre el status de sus diferentes nacionalidades....ni de qué tipo de Gobierno tendrían (ni, obviamente, de quién ejercería ese Gobierno).

Las diferencias religiosas entre sunnitas y shiítas no son permanentemente determinantes en Irak sino que existe una establecida instrumentación que pretende instaurar esa división como la contradicción principal cuando, en realidad, lo social, nacional e ideológico irá variando como ejes de la construcción nacional según las etapas históricas y los bloques de poder *construidos* por los diferentes grupos dominantes.

En Irak, la llegada del partido Baath al poder en 1968, marca un hito en la búsqueda de una nación iraquí unida, laica, populista, autoritaria, tratando de imponer su programa de unidad árabe y socialismo, reformulando la organización del país con un fuerte estado centralizado, que buscaba llegar con planes sociales a todo el país, en desmedro de los sectores de poder que no habían logrado alcanzar la hegemonía².

¹ Jornada de Medio Oriente organizadas por el Departamento de Medio Oriente del IRI, La Plata, Noviembre de 2002.

² Recomendamos la lectura del autor que seguiremos en los siguientes párrafos: Méndez, Norberto, "Religión, Etnicidad, Nación y Estado en el Irak moderno", presentado en el Congreso del SEID, Buenos Aires, Octubre de 2006.

Con la ayuda de la CIA, la nueva estrella ascendente del Baath, Saddam Hussein, logró eliminar la oposición comunista y con ello quedaba un vacío en los sectores más desposeídos que intentarán llenar el partido islamista al-Dawa y los grupos más radicales de los *mujahidin*³

El enfrentamiento de los proyectos de nación sunnita y shiíta, tan antagónicos, impulsó al régimen baathista a tomar una determinación extrema, que nadie se había atrevido a llevar a cabo antes de Saddam Hussein: prohibir la ceremonia anual de la *ashura*, esto es la conmemoración del martirio del Imam Hussein, celebración máxima del shiísmo duodecimano. Es decir, que Saddam Hussein pasaba a ser considerado un verdadero apóstata ante los ojos de la mayoría de los musulmanes⁴.

Hacia finales de la década de los '70 se agregó a este escenario la influencia que ejercía la acción revolucionaria islámica del vecino Irán, ya que la relación entre shiítas iraquíes e iraníes es histórica, por pertenecer ambas poblaciones a la misma rama duodecimana del shiísmo⁵.

Era cierto que Saddam Hussein había introducido cambios que modificaban el equilibrio étnico-religioso porque prefería apoyarse en su grupo familiar proveniente de Tikrit, un clan sunnita, que aunque buscaba más que nada consolidar la posición del grupo de poder dominante como forma de reforzar su dictadura, en la práctica había hecho de la política clánica un nuevo sistema de lealtades que se superponía o yuxtaponía sobre lo nacional y lo específicamente religioso⁶.

Lo concreto es que la propia historia de Irak no es la de un Estado-Nación como los solemos presentar en Occidente, sino un invento occidental para salvaguardar intereses geopolíticos de los imperios ven-

³ Batatu, Hanna (1986), "Shi'i Organizations in Iraq: Al-Da'wah al-Islamiyah and al-Mujahidin", en Cole, Juan R. & Keddie, Nikki (eds), "Shi'ism and Social Protest, New Haven and London: Yale University Press, p. 184.

⁴ Méndez, Norberto, ob. cit.

⁵ Ibídem anterior.

⁶ Al-Khalil, Samir, Iraq and its Future. A Middle East Reader. Selected Essays on The Middle East from The New Yorker Review of Books, 1991, p. 186, citado en Méndez, Norberto, ob. cit.

cedores de la Primera Guerra Mundial. Al "armar" un Estado, nadie tuvo en consideración las diferentes etnias, culturas, poblaciones, etc. Con el paso del tiempo, Saddam pasó de ser Dios a ser demonio, y pese a haber sido la herramienta para "contener" a la Revolución Islámica de Irán –con armas químicas y biológicas mediante-, fue atacado en 1991 –luego de un grosero error de cálculo respecto de la eventual inacción occidental frente a la ocupación de Kuwait-, y finalmente en 2003.

La famosa Democracia prometida por Occidente a Irak se transformó en una trampa de un promedio de veinte muertos civiles diarios.... inseguridad, secuestros y falta de representatividad en el Gobierno del Estado son las constantes que los iraquíes ven luego de la ingerencia occidental.

Podríamos, entonces, ir aventurando una primaria conclusión: el Irak de hoy, el Irak democrático que pretendieron instalar los Estados Unidos de América con sus aliados europeos, es un elemento más desestabilizador en la región que la República Islámica de Irán.

Irán

La República Islámica de Irán, en tanto, no participa de ninguna de las características que venimos analizando de Irak; es un Estado que, en líneas generales, tiene una cierta homogeneidad poblacional (son mayoritariamente Persas), una cómoda mayoría religiosa shiíta, y una historia común en gran parte de la Meseta ("Irán" significa "Meseta de Arios").

El Imperio Otomano llegó a la cumbre de su poderío durante el reinado de Solimán el Magnífico (1520-1566), y el de su nieto Selim II (1566-1574). Su poderío ya estaba en decadencia para 1683, cuando se hizo la segunda y última tentativa de conquistar Viena. La victoria habría abierto la Europa central y occidental, pero sin la conquista de

esas tierras y sin grandes riquezas nuevas que distribuir, el Imperio perdió impulso y cayó en una lenta decadencia.

Los primeros que se beneficiaron de esta decadencia fueron los monarcas Shiíes safavíes de Persia oriental, dinastía que había sido fundada hacía mucho tiempo por Safi al-Din, que se convirtió al Shiísmo y lo convirtió en el movimiento nacionalista y revolucionario. El ejército guerrillero de los Shahs safavíes (conocido por el nombre de "Cabezas Rojas"), había combatido primero a los mongoles en 1250 y después a los otomanos, pero en 1501 declararon la independencia cuando los otomanos proscibieron en su territorio el Islam Shií, reforzado por los importantes contingentes Shiíes del ejército otomano que habían huido de la persecución.

Bajo la dominación safaví, Persia oriental volvió a ser un gran centro cultural, en el que florecieron las artes y las ciencias.

A medida que el peligro militar otomano iba disminuyendo en el Siglo XVII, los monarcas safavíes fueron haciéndose cada vez más decadentes. El poder pasó a los "ulemas" Shiíes (consejo religioso de sabios), que con el tiempo depuso a los Shahs y proclamó la Primera República Islámica del Mundo, a fines del Siglo XVIII, que duró unos pocos años y Persia Oriental volvió a ser conquistada, esta vez por los gobernantes sunníes turcos de Afganistán.

Tras la conquista se concertó una división de poderes entre los nuevos Shahs afganos y los ulemas Shiíes. Los Shahs controlaban el Estado y la política exterior y podían recaudar impuestos y promulgar leyes en lo temporal. Los ulemas mantenían el control de la práctica religiosa e imponían el respeto de la sharía en asuntos personales y familiares. Así, se convirtieron en una institución teocrática importante y permanente en Persia y ha seguido siéndolo. Los ulemas siguieron tolerando unos Shahs no religiosos hasta fines del decenio de 1970, pero por fin derrocaron a la monarquía en 1979 y reivindicaron

la totalidad del poder ejercido desde allí por conducto de sus más altos funcionarios, los Ayatolás.

Análisis del concepto de poder y gobierno en Irán y en particular en los escritos de Khomeini (el Faqih)

En los Estados islámicos, los revolucionarios no miran hacia el futuro; más bien hacia el pasado. Es un concepto que a menudo resulta difícil de comprender a los occidentales, pero el hecho es que los musulmanes radicales son al mismo tiempo los más conservadores y creen que la sociedad ideal fue la que existió en tiempos de Mahoma.

En ese sentido, los shiítas iraníes son los más extremos. Las raíces de dicha actitud en el Irán moderno datan del martirio de Alí y Hussayn a manos de los Califas "usurpadores" Omeyas en el Siglo VII.

La Revolución iraní de 1979 se realizó en nombre de los mártires shiítas a fin de recrear el Estado político musulmán perfecto por el que aquellos habían muerto. El Ayatolá Khomeini, en su libro "El Islam y la revolución" (1981), lo expresó como sigue: "Por desgracia, el verdadero Islam duró sólo un breve período tras sus comienzos. Primero los Omeyas y después los Abasíes hicieron muchísimo daño al Islam. Después los monarcas que gobernaron Irán siguieron por la misma vía; deformaron totalmente el Islam y establecieron en su lugar algo muy diferente... el arabismo de la Yahiliyya (era de la ignorancia pagana y preislámica, P. W.)".

"Los países poblados por sunníes creen que han de obedecer a sus gobernantes mientras que los Shiíes siempre han creído en la rebelión".

Frente al despotismo del Shah –que no hizo caso de la oposición conservadora-, hallaron un portavoz en el Ayatolá Khomeini, crítico tradicionalista de sociólogos como Alí Shariati. El pensamiento de Khomeini acerca de la situación política en Irán de la década de 1970 estaba dominado por los acontecimientos del Siglo VII. En su libro "El próxi-

mo gobierno de los juristas", comparó al Shah con Yazid Omeya, el "usurpador" satánico que martirizó a Hussayn ibn Alí.

Así, convocó a la Jihad contra el Shah y al establecimiento de una República Islámica gobernada por el ulema como "virrey" con la orientación divina de Alá.

¿Qué es el shiísmo?

Año 632. Luego de la muerte del Profeta Mahoma, el sucesor ("khali-fa", gobernante) fue Abu Bakr, su amigo más íntimo. El mismo estipuló que habría de someterse a una elección y a una ratificación por todos los jefes tribales.

Luego de aplastar la rebelión tribal que estalló tras la muerte de Mahoma y pasar a conquistar Arabia septentrional y parte de Siria y Persia occidental, murió en combate exactamente dos años después de su sucesión. Lo sucedió como segundo Califa su elegido, Omar ibn al-Jatab, en medio de una nueva crisis de sucesión y de amenazas de revueltas.

Sin embargo, Omar estableció rápidamente su dominación por encima de toda duda gracias a su capacidad militar y a una serie asombrosa de conquistas que proporcionaron a La Meca riquezas enormes. Omar infligió una derrota tras otra a la superpotencia cristiana de Bizancio, con la conquista de toda Siria, Palestina, Egipto y parte del norte de África. La toma de Jerusalén, Ciudad Santa de todas las religiones de Abraham, fue la más importante para los musulmanes debido al "Viaje Nocturno" de Mahoma y a la revelación milagrosa de las puertas del cielo y del infierno.

Omar sometió al poderoso Imperio Persa, hasta el Irán central. Omar era una figura mesiánica que pensaba en poder conquistar todo el mundo. Reclutó toda la nación árabe y prohibió todo oficio que no fuera el de guerrero.

Omar murió en 644, en Basora (actual Irak), apuñalado por un administrador persa y no había designado a un sucesor, sino que por el contrario había designado a un Consejo de seis hombres (la Shura) para que seleccionara a un nuevo Califa. Los dos candidatos principales eran Alí ibn Abi Talib, marido de Fátima, la hija de Mahoma, y miembro del clan Hachemí, y Osmán ibn Affan, miembro del clan Omeya, que tenía un parentesco más lejano.

La Shura le ofreció el Califato a Alí a condición de que no proclamase una dinastía Hachemí, pero Alí rechazó esas condiciones, de modo tal que el cargo pasó a manos de su rival Osmán.

La sucesión de Osmán fue polémica, con las semillas de una guerra civil que amenazaría la existencia misma del Imperio islámico árabe inicial y que todavía sigue dividiendo a los musulmanes.

Durante los cinco primeros años de su reinado, Osmán gozó del apoyo de casi todos los clanes opuestos a las ambiciones dinásticas hachemíes de Alí, pero esos clanes estaban convencidos de que tales ambiciones irían en contra de su propia posición. Lentamente, comenzó a acusarse a Osmán de uso indebido de fondos estatales, de nepotismo y de conspiración para establecer una dinastía de Califas omeyas que lo sucedieran.

Osmán rechazó sus pretensiones y oficializó las propuestas de la secta rival, los Muryí'a, que planteaban que los no creyentes podían ingresar en el Islam si practicaban la observancia externa de la ley religiosa y aceptaban el Gobierno del Califa.

Esto enfureció a los Jariyíes, quienes lo calificaron de antimusulmán y satánico, exigieron su destronamiento y declararon la guerra al clan Omeya. En 656, una multitud amotinada de Jariyíes mató a Osmán en La Meca e inmediatamente la Shura designó como cuarto Califa a Alí ibn Abi Talib. Tuvo también que sofocar un levantamiento Jariyí – el diez por ciento de sus soldados pertenecían a esa tribu-, pero al

año se vio enfrentado con el Gobernador de Damasco, Moawiya, quien se comprometió a vengar la muerte de Osmán.

Un año después de su victoria sobre los Jariyíes, Alí (que gobernó entre 656 y 661) fue asesinado y la aspiración Hachemí a la titularidad del Califato pasó a Hassan (661 – 669), y luego a Hussayn (669 – 680), primer y segundo hijo de Alí, respectivamente.

Su primera gran rebelión ocurrió en 680, cuando atacó al ejército Omeya en la batalla de Karbala, en Irak, pero su inferioridad numérica era abrumadora: su ejército quedó destruido y él mismo murió. A partir de entonces, el Islam shií se convirtió sobre todo en un credo de rebelión y martirio, y los shiítas conmemoran la muerte de Hussayn en su fiesta religiosa más importante: Ashura.

Luego, los Califas Omeyas dieron rienda suelta al movimiento Mur-yi'a, creado por Osmán para contrarrestar al Jariyismo. Aquellos elaboraron las doctrinas jurídicas y teológicas relativamente permisivas que se convertirían más tarde en la base del Islam sunní (que significa en árabe los seguidores de la "vía armoniosa"). Quienes siguieron a los sucesores de Alí, se convertirían en "Shiítas", o "partidarios de Alí".

El shiísmo nos muestra una historia en la cual los imanes fueron asesinados por envenenamiento. Sea o no cierto esto, lo real es que los imanes tuvieron que enfrentarse a una situación política difícil, pues eran pretendientes teóricos al poder, impotentes en la política, apoyados por partidarios descontentos de los Califas omeyas y abasíes, refugiados en una justificación esotérica de su quietismo. Presentes físicamente, desmentían algunas de las alegaciones que les atribuían los shiíes. Ausentes, en cambio, su "eficacia" no se podía poner en duda y la aspiración a la vuelta de su reino de justicia casi se hacía realidad.

La ocultación era, pues, una solución cómoda. Por necesidad política y por necesidad metafísica, se impuso a la comunidad shií la idea de

la Ocultación del Imán. Esta es la idea que existe del Imán, "guía", una prueba para conducir a los hombres hacia Dios. Se trata de mantener una fuerza espiritual frente a la represión y la persecución.

El creyente shií no reconoce más autoridad en la Tierra que la de un Imán, autoridad de la que nadie, por definición, se puede valer de forma coactiva, pues es libre respecto del poder, sobre todo en lo concerniente a su religión. Ya se trate de un sultán, un Shah, un califa o un presidente (musulmán) de la comunidad, un musulmán sunní debe obediencia al que legisla y mantiene la cohesión de la comunidad. En el shiísmo no hay nada de eso, ya que el soberano es impenetrable por definición. De ahí la idea de que los ulemas deben responder a las necesidades teológicas, sin tratar de reemplazar al Imán.

Su indudable vinculación con las Relaciones Internacionales viene dado por varias fuentes: primero, por el hecho de estar hoy en vilo la relación cultural entre el mundo judeocristiano y el mundo islámico; segundo, por las diferencias internas en el mundo islámico que hacen que sunnitas y shiítas se enfrenten, acrecentando la sensación de inseguridad que permite a ciertas superpotencias tomarse de ella para vestir con aparente legitimidad su intervencionismo y disfrazar sus verdaderas intenciones; tercero, porque es un Estado actual, Irán, el que no solamente está en la mira del Pentágono, sino que es el único organizado de acuerdo a este concepto de poder en el Islam Shií, con sus innegables connotaciones políticas internacionales.

Existen en el Islam docenas de ramas como resultado de disputas dinásticas y tentativas periódicas de purificar y reunificar la religión. Entre los Shiíes hay más de setenta grupos identificables, algunos con sólo unos centenares de seguidores, y muchos de ellos organizados en torno de proclamaciones de la llegada del "duodécimo Imán oculto".

Los Shiíes modernos, sumadas sus diversas ramas, constituyen aproximadamente el 13% de la población total del mundo musulmán. El Islam Shií es también un credo de martirio y revolución, resultado de siglos de levantamientos y guerras civiles.

Los "duodecimistas", son el grupo más numeroso del Shiísmo y cabe considerar que sus doctrinas son la versión "ortodoxos" del Islam Shiíta. Son la inmensa mayoría de la población iraní y más de la mitad de Irak (60%). Creen que los descendientes directos del Profeta, por la vía de Fátima y Alí, son los gobernantes legítimos del mundo musulmán. Sostienen que el linaje de Alí está guiado por la divinidad y es inmune al pecado. Hasta aquí todos los shiítas coinciden. Los duodecimistas, en tanto, reciben su nombre de Mohammad ibn al-Askari, duodécimo imán del linaje de Alí, quien se convirtió en tal a los cuatro años de edad, pero a los pocos días desapareció misteriosamente y nunca reapareció, lo que da comienzo a la "ocultación".

Los Shiítas se niegan a aceptar su muerte y creen que sigue en el mundo pero en una forma milagrosamente "oculta", y algún día se volverá a hacer visible en la forma de al-Mahdí, el "elegido".

El Shiísmo hoy, en particular en Irak e Irán

Los vínculos del Shiísmo con Irán son hoy tan fuertes que cuando se piensa en uno automáticamente se piensa en el otro. Un iraní que no sea Shiíta tendrá dificultades para encontrar una identidad nacional. Buscará otra patria, un Kurdistán imaginario, la nación armenia o una cristiandad ideal en un reino desaparecido, Israel, Occidente laico, Rusia, etc. ¿Es que puede olvidar un Shiíta libanés o iraquí que Irán es el único país donde su religión es preponderante?

El Shiísmo refuerza en los iraníes la conciencia de pertenecer a una comunidad cultural diferente.

¿Es el Irán actual una potencia desestabilizadora?

Rangos de los cohetes iraníes



Conforme se puede apreciar en el gráfico adjuntado, Irán posee una capacidad misilística convencional de mediano y largo alcance, no obstante lo cual ninguna sospecha puede dejarse traslucir respecto

de que pudieran llevar cabezas aptas para provocar destrucción masiva. En este mismo ítem veremos que el proceso de enriquecimiento de uranio, base primaria para poder contar a mediano plazo con armamento nuclear, está recién en sus inicios. Los más serios especialistas del tema indican que Irán no podría tener armamento nuclear

antes de cinco años y medio⁷, por lo que, a diferencia siquiera del caso de Corea del Norte, Irán es un Estado que merece un tratamiento muy particular y diferenciado.

Un proceso muy complejo

1 Extracción
El mineral se encuentra en las rocas que se extraen de las minas de uranio.



1 a 5 kg de uranio por tonelada de rocas.

2 Concentración
Es la etapa de trituración y disolución química para extraer el uranio en forma de polvo amarillo (torta amarilla).



3 Conversión
Es la mezcla con fluorina para obtener un gas y se almacena.

4 Enriquecimiento
El gas de uranio se insufla en una centrifugadora que gira a gran velocidad.



5 La fuerza centrífuga empuja el **uranio 238**, más pesado, hacia afuera y cae al fondo del tanque.
El uranio 235, queda en el centro.
El calor que irradia el motor hace que el gas lo eleve.

6 URANIO ENRIQUECIDO
Del centro de la centrifuga sale el **uranio enriquecido** (con un porcentaje mayor de uranio 235).
Este mismo proceso se repite en varias máquinas a la vez.
1.500 centrifugadoras producen en un año el uranio necesario para fabricar una bomba atómica.

INSTALACIONES NUCLEARES DE IRAN

REFERENCIAS

- Enriquecimiento | tratamiento
- Reactor nuclear



En primer lugar, se reitera, porque aún la más radical prensa israelí coincide en señalar que la República Islámica de Irán no posee aún capacidad nuclear, o si la posee está en un estadio demasiado inicial

⁷ El presente trabajo se está escribiendo en Octubre de 2006.

como para pensar que ya tengan elementos que generen peligro común.

Como consecuencia lógica de lo anterior viene el segundo punto: Corea del Norte –uno de los “Estados Canallas”, o “Ejes del Mal”-, ya ha probado tener capacidad de destrucción masiva pues maneja la tecnología nuclear y la posee.

Corea del Norte, que está demostrando capacidad ofensiva –no tan solo defensiva, pese a lo que permanentemente alega-, ha logrado que las principales potencias occidentales –y el propio Consejo de Seguridad-, elijan la prudencia y busquen el diálogo; bastante contradictorio sería ahora atacar “preventivamente” a Irán por el “delito” de no poseer aún lo que Corea del Norte ha demostrado tener y producir. En este caso, precisamente, la alternativa de las potencias occidentales y de la Organización de las Naciones Unidas debe radicar en evitar que se llegue a la situación que ha planteado al mundo Corea del Norte; para ello, no se debe acorralar a Irán, poniéndolo en la situación de “tener que pensar en defenderse de un ataque imperialista e intervencionista”, sino demostrarle que Occidente no busca cambiarle su régimen político ni hacerse con el control del Estado ni de sus recursos. Tal vez sean demasiadas cosas que estemos pidiendo para la lógica occidental, que ha demostrado capacidad de diálogo cuanto la amenaza es realmente palpable y grave, pero no cuando la amenaza no existe.

En el Irán actual, particularmente a partir de 1989 –inicio del Gobierno del Hodjatolleslam Alí Akbar Hashemi Rafsanjani, existió cierta recuperación económica y se procuró mejorar las relaciones de Irán con el exterior. Sin embargo, no se pudo o no se quiso emprender cambios que habrían mejorado de forma espectacular la situación interior y exterior.

A partir de 1997, Mohamed Khatami (reformista), encabezó una serie de victorias electorales con amplias mayorías que instauraron una

creciente libertad de prensa y de otros asuntos culturales y algunas reformas, pero se produjo una violenta reacción por parte de los conservadores, todo lo cual estuvo ayudado por la actitud occidental que en todo momento evitó “tenderle una mano” a Khatami y se lo calificó primero de “Estado canalla” y luego de “eje del mal”.

Fue claro que en todo momento el flamante Gobierno pretendía continuar –profundizando- los procesos de “acercamiento hacia Occidente” que habían sido iniciados por el anterior Presidente Rafsanjani, pero ahora con una audaz apertura hacia los Estados Unidos de América; esto, de por sí, iba a precisar una firme actitud de comprensión y apoyo del exterior.

Efectivamente, en su intento por mejorar las relaciones con los Estados Unidos de América⁸, sus amistosas declaraciones fueron correspondidas por unas conciliadoras palabras de la Secretaria de Estado Madeleine Albright. Luego, hubo un intercambio de equipos de lucha libre, viajes libres desde y hacia Estados Unidos y el fin del embargo para dos productos específicos: alfombras y pistachos. A pesar de que el “diálogo de civilizaciones” se convirtió en un eslogan de Naciones Unidas para el año 2001, las relaciones con los Estados Unidos fracasaron debido a la hostilidad de los conservadores iraníes y a la insistencia estadounidense sobre la necesidad de que Irán cambiase su política respecto de Israel, las armas nucleares y el apoyo a los terroristas como condiciones previas a un posible acercamiento de posturas.

Khamenei y otros conservadores habían seguido acusando a los Estados Unidos y la cuestión de la normalización de las relaciones entre ambos Estados se entrelazaba profundamente con las luchas de poder en Irán, cosa que jamás entendió la potencia occidental. Esto imposibilitaba cualquier progreso real.

⁸ Cuyo momento estelar fue una famosa entrevista que concedió a la CNN en Enero de 1998, en la que proclamó su admiración por la tradición política norteamericana y propuso un “diálogo de civilizaciones”.

Para complicar aún más los problemas internos de Irán, las relaciones internacionales cambiaron totalmente después del 11 de Setiembre de 2001. Irán ayudó a Estados Unidos especialmente en Afganistán, donde apoyó a la Alianza del Norte, ayudó en la instalación de Hamid Karzai, mantuvo sujetos a los shíes iraníes y se opuso marcadamente a los talibán. Por ello los iraníes reaccionaron con perplejidad cuando el Presidente George W. Bush, en Enero de 2002, vinculó a Irán con Irak y Corea del Norte como parte de un "eje del mal", basándose en su afán por contar con armamento nuclear, aunque Estados Unidos también acusó a los iraníes de mantener vínculos con el terrorismo.

Irán dijo que no pretendía conseguir armas nucleares, que estaban dispuestos a inspecciones, que se oponían al terrorismo y expatrió a miembros de Al-Qaeda a Arabia Saudí para que fuesen juzgados.

Respecto de los grupos propalestinos como los libaneses de Jizballah, Irán afirmó que para ellos eran soldados que luchaban contra la ocupación israelí de territorios palestinos que usaban las únicas armas de las que disponían en tanto que grupos no gubernamentales, pero que no eran terroristas.

A principios de 2003, la cooperación entre Irán y los Estados Unidos era limitada, pero permitía que el grupo shií iraquí en Irán se encontrara con la oposición iraquí en el extranjero y, en Enero de 2003, que los opositores iraquíes en el exilio entrasen en Irán para reunirse con la oposición iraquí en Irán y con la gente de Khamenei. Irán, sin embargo, temía un posterior crecimiento del poder estadounidense en su frontera y creía que podía ser el siguiente objetivo militar de la potencia occidental.

A finales de Marzo, el entonces Secretario de Defensa Donald Rumsfeld⁹, advirtió a Irán respecto de que no debía permitir a los iraquíes contrarios a Saddam Hussein afincados en Irán que luchasen. Las

⁹ Uno de los "halcones" del Gobierno norteamericano instalado en Enero de 2001 y arquitecto de las invasiones a Afganistán e Irak, echado por el Presidente George W. Bush 24 Hs. después de la dura derrota electoral del Martes 7 de Noviembre de 2006.

hostiles afirmaciones estadounidenses, incluidas las de varios ciudadanos prominentes, diciendo que esperaban que el actual régimen iraní no tardase en caer, produjeron el efecto contrario del que pretendían: fortalecieron a los políticos de la línea dura y crearon suspicacias entre quienes deseaban una mejora en las relaciones con los Estados Unidos de América.

Pese a que las encuestas decían que la mayoría sospechaba respecto del intento de mejorar las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, no era necesario hacer gran cosa para despertar esos sentimientos. Recordemos que en el mundo musulmán de hoy en día, al igual que en la Europa del Este durante la Guerra Fría, los norteamericanos son más populares en los Estados en los cuales existe muy poca presencia o ninguna en absoluto.... Su popularidad difícilmente pudiera perdurar durante una agresión militar, tras el bombardeo de supuestas instalaciones nucleares o después de una prolongada ocupación de Irak.

Así las cosas, el reformismo de Khatami era atacado por dentro por los conservadores que tenían en el líder espiritual Alí Khamenei a su principal estandarte, y desde el exterior por la incomprensión occidental; con esta mezcla explosiva, era por lo menos absolutamente previsible que quien apareciera como defensor del nacionalismo, de los "intereses nacionales iraníes", de la "vuelta a la Revolución", y de "los sagrados principios del Islam", vencería en las elecciones de 2005. De esta manera, no puede haber sido para nadie sorprendente la victoria del Alcalde de Teherán, Mahmoud Ahmadinejad, quien desde 2005 encabeza un Gobierno caracterizado por las continuas provocaciones a Israel y a Occidente.

Tanto con Khatami como con Ahmadinejad, el Gobierno iraní no estaba tan cerca del fracaso ni de un cambio fundamental como los Estados Unidos o muchos iraníes deseaban o esperaban.

La situación se ha transformado en demasiado compleja como para poder prever qué sucederá, y las continuas sanciones estadounidenses, sus afirmaciones de apoyo a todos los que estén dispuestos a derrocar al Gobierno iraní y su reciente intervención en Irak son de muy poca ayuda.

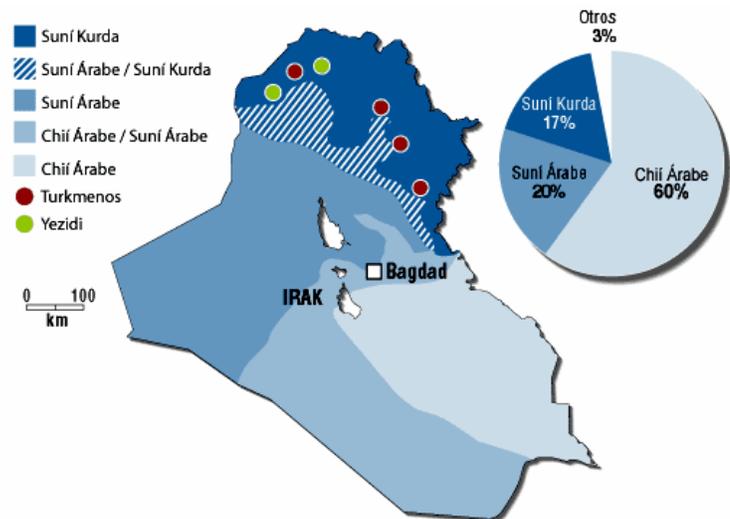
Muchos iraníes creen que son los siguientes en la lista de los Estados Unidos a atacar, y las declaraciones de más de un alto cargo del Gobierno norteamericano refuerzan esa idea.

¿Quién desestabiliza?

No hay día en Irak sin muertos: militares de la coalición, pero también diplomáticos -como el representante de Egipto salvajemente asesinado- y sobre todo civiles inocentes. Esta guerra, deseada por el presidente de los Estados Unidos, genera el caos en la región y sirve para justificar lo injustificable, como los atentados en Londres y Madrid.

Es que la presencia militar norteamericana, el derrocamiento de un Gobierno local –que, más allá de sus atrocidades, su carácter de autocrático y sus características genocidas, mantenía la apariencia de tener “bajo control” y con relativa “paz social” a Irak-, y desató una verdadera “caja de Pandora”, al demostrar que no tenía ninguna alternativa frente al caos que genera el haber dejado con relativa autonomía a los particularismos locales, llámense kurdos, shiítas, etc.

A su vez, cada uno de los subsectores culturales en



los que se divide el Estado, repercute en los asuntos internos de los Estados vecinos; efectivamente, de la simple lectura de la realidad étnica de cada sector de Irak, veremos claramente que esto encuentra su correlato en la región.

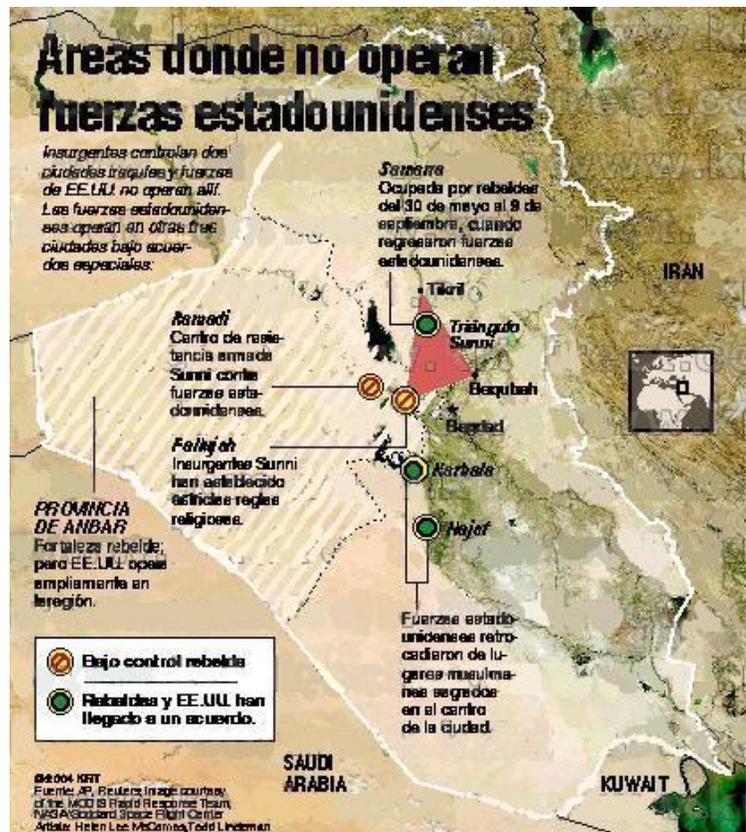
El Irak multiétnico ya no tiene un Gobierno que sintetiza sus contradicciones; por ejemplo, lo que el Gobierno de Bagdad haga con los sunnitas automáticamente será entendido como una agresión a la parte central del Estado, el llamado “triángulo sunnita” (Baqubah – Tikrit – Fallujah), otrora eje del poder político de Irak (como se puede apreciar en el gráfico de la

derecha); lo que se haga con los chiítas del Sur, repercutirá en Irán y el sudoeste libanés, así como que el Gobierno sirio permanece atento respecto de lo que allí pueda suceder.

La mayor o menor autonomía que pueda permitirse al sector kurdo del Norte, sin discusión alguna será seguido con atención –y preocupación– por Occidente y obviamente

por Siria, Turquía e Irán, Estados particularmente interesados en que no se liberen fuerzas que, en lo futuro, hagan incontrolable las respectivas minorías kurdas en sus países.

De todo lo cual se desprende palmariamente que no es precisamente la República Islámica de Irán el “elemento desestabilizador” en la re-



gión, sino claramente el “laboratorio de poder” que los Estados Unidos de América quisieron instalar en la República de Irak.

Conclusiones

Luego del fracaso de la “construcción de Estados”, ensayada por el entonces Presidente Bill Clinton, la pretensión de “exportar la Democracia” del Presidente George W. Bush parece querer correr el mismo camino.

¿Podemos culpar a Irán de haber tomado el camino de la autodefensa, tanto política como militar, cuando los más prominentes líderes de la principal potencia del mundo está haciendo advertencias cada vez más serias respecto de la necesidad de cambiarles el régimen o imposibilitarles el desarrollo de la tecnología nuclear?

De lo visto resulta claro que la República Islámica de Irán, por su propia conformación étnica persa, no fue capaz en su momento –ni ahora- de exportar la Revolución; los árabes le temían por su carácter, precisamente, de “persa” y los musulmanes sunnitas –abrumadora mayoría en la región-, tildan de “herejes” a los shiítas que están en el Gobierno de la República Islámica.

No diremos que la Revolución de 1979 tuvo un efecto neutro; de ninguna manera. Pero tampoco tuvo las consecuencias regionales ni globales que en su momento los constructores de políticas occidentales anunciaron.

Puede parecer una verdad de Perogrullo, pero solamente el diálogo entre civilizaciones –que alguna vez, como se dijo, promovió la ONU-, podrá liberar de tensiones esta región; solamente la actitud de comprender la historia y las diferencias culturales hará que tanto Occidente como el cercano Oriente se reencuentren; si Occidente, por el contrario, pretende continuar con esta política de imponer valores y parámetros culturales propios y entender que puede universalizarlos, será en realidad esa pretensión la que desatará las fuerzas locales

que, a corto plazo, convertirán en invisible, no solamente la región bajo análisis, sino con sus coletazos al resto del mundo.

Tal vez los argentinos de esto sí tengamos autoridad moral para hablar, pues aprendimos con sangre de hermanos cómo se pagan los errores de la falta de planificación en la política exterior.

- Abogado